

## La palabra mágica

Había una vez una niña que leía muchos cuentos de hadas. Cada noche le pedía a su padre que le relatase uno de esos fabulosos cuentos que contenía un libro grueso y pesado, que atesoraba historias fantásticas sobre zapatos de cristal, pelotas doradas y cabellos de oro.

Llegó el momento que la niña creció y aprendió a leer así que un buen día – o mejor dicho, una tormentosa noche decidió, linterna en mano y escondida bajo las mantas, que había llegado el momento de descubrir por ella misma los mundos que su padre le leía cada noche de su libro de cuentos. Con mucho cuidado acarició la portada y giró las primeras páginas olfateando el perfume de un nuevo mundo al que estaba a punto de acceder. ¿Oía a pino o era sólo su imaginación?, pensó la niña. ¿Era posible que sintiese el sabor de galletas, dulces y golosinas? ¿Había oído el grito de un capitán de un barco pirata, el graznido de un ave?

Asomó su rubia cabecita a través de las mantas para cerciorarse de que sus padres no la habían oído y aliviada de ver que toda seguía como debía, se zambulló en la lectura de la primera página. Conocía cada cuento de memoria, pensó, pero no se cansaba de ellos.

“Cuenta una leyenda...” decía la primera línea. Sorprendida, interrumpió la lectura. ¿Cómo que “cuenta una leyenda”? Su padre nunca había leído esas palabras. Continuó: “Cuenta una leyenda que en las profundidades de un libro se perdió una palabra que...”. Extrañada, cerró el libro y observó la portada. Sí,

era el mismo libro del que su padre le había leído tantas veces, el mismo que contenía exactamente las mismas historias, una y otra vez. Pero esa, esa historia no la había oído nunca. Volvió a echar un vistazo a través de las mantas, poniendo mucho cuidado en que ni el más mínimo haz de luz escapase. Nada, todo en calma y silencio. Respiró hondo y volvió a la carga: “Cuenta una leyenda que en las profundidades de un libro se perdió una palabra que dejó un hueco en un párrafo, un vacío...”. Un ligero, casi imperceptible “plop” resonó y la niña se encontró tendida sobre una alfombra mullida, ante una chimenea que crepitaba alegremente. A pesar de que era invierno y que sólo vestía un pijama, no sintió frío alguno. Observó cómo nevaba a través de una ventana cercana. La habitación estaba repleta de libros. Había una butaca en medio de la habitación, a pocos metros de donde ella reposaba, y en ella había un hombre muy anciano, de larga barba gris, que la observaba tras unas gafas. Sobre su regazo descansaba un libro abierto, el mismo del que ella estaba leyendo momentos antes.

- ¿Dónde estoy? – preguntó la niña.

- Estás en el mundo de los cuentos, en un sitio donde las leyendas dejan de ser leyendas y las fábulas, fábulas, para convertirse en realidad. – le explicó el anciano.

- ¿Y tú quién eres? – preguntó ella.

- Yo soy el guardián de los cuentos. Estoy en un gran apuro y es que he descuidado por un momento mi labor y se me ha perdido una palabra. ¿Serías tan amable de ayudarme a encontrarla? –

- ¿Por eso me has traído aquí? – preguntó. El anciano suspiró: - Sí. Te he llamado con la esperanza de que me ayudes en la búsqueda. –

- ¡Qué gran aventura! – gritó la niña. - ¿Por dónde empezamos? –

- La única pista que tengo es un pez que está en aquel estanque. – señaló a través de la ventana una superficie de aguas sucias llenas de algas. – Iba a preguntarle ahora mismo. –

- Ya me acerco yo. – dijo la niña y saliendo por la puerta se encaminó al estanque. – Pececito, pececito. – llamó - ¡Necesito ayuda! –

- Glup, Glup, gopeliglup – dijo el pez cuando sacó la cabeza a la superficie. - ¿Quién me llama? –

- Querido pececito gopeliglup, se ha perdido una palabra de mi libro y ahora la estoy buscando. ¿Sabes tú dónde está? –

- Glup, Glup, gopeliglup. Te diré dónde está si me haces un favor a cambio. – anunció el pez. – Tienes que llevarme al pozo del príncipe encantado. – pidió con decisión.

- ¿Y cómo voy a transportarte si no tengo pecera? –

- Coge una de las hojas que flotan en este estanque y llénala, con mucho cuidado, de agua. Yo me subiré en ella. –

La niña se agachó para coger una de las enormes hojas que flotaban en el agua, la hundió en las tibias aguas verdes mientras el pez gopeliglup nadó sobre ella para que lo pudiese alzar. Caminó hasta el pozo que no quedaba

lejos y llegados a la dura piedra, el pez dijo: - En el cubo hay agua. Depositame dentro, Glup Glup gopeliglup. –

Y la niña lo dejó sumergirse en el agua.

- Glup Glup gopeliglup. Gracias por traerme hasta aquí. Ahora podré nadar a través de las grietas del pozo para llegar a los ríos caudalosos y practicar rafting. –

- ¿Y qué hay de la palabra perdida? –

- Bájame hasta el agua del pozo para que pueda llegar hasta el agua y yo te daré una pelotita de oro que deberás lanzar tres veces al aire. Entonces vendrá alguien que te ayudará. –

La niña hizo lo que el pez gopeliglup le pidió y cuando volvió a sacar el cubo, encontró en su fondo una pelotita de oro. Jugó con ella un rato y, como le había dicho el pez gopeliglup, la lanzó al aire. Pero la pelota estaba todavía húmeda y en el tercer lanzamiento se le escurrió de las manos, cayendo nuevamente en las profundidades del pozo.

- ¡Ai!, ¿qué será ahora de mi y de la palabra perdida? -

- Cuac, cuac, cuatequicuac, yo podré ayudarte. – dijo una rana saltando del pozo.

- Querida rana, cuatequicac, se ha perdido una palabra de mi libro y ahora la estoy buscando. ¿Sabes dónde está? – ...

*Aquí acaba el breve extracto de LA PALABRA MÁGICA, de Bienve Prieto*

*Para leer más, contactar en : [cinderellatmidnight@hotmail.es](mailto:cinderellatmidnight@hotmail.es)*